Torres de libros

Los volúmenes me miran un poco desafiantes, como si me dijeran a qué esperas para abrirnos, muchacha

ALOMA RODRÍGUEZ

Botón de nácar

mas de Göteborg (en Papeles Mínimos), a Octavio Gómez Milián, con su novela *Interino* (en Los Libros del Gato Negro) sobre padres e hijos, como el libro de Gueorgui Gospodínov que ha publicado en Impedimenta, *El jardinero y la muerte*, un poco decepcionante, pero seguro que es culpa mía, que esperaba más. A partir de la página 90 el libro empieza a acercarse a lo que yo esperaba, con pequeños desvíos vanidosos. ¡¿Es que nadie se libra?! ¿Por qué espera tanto a hablar del cuaderno donde el padre anotaba sus avances diarios en su jardín? ¿Por qué habla tanto de Ulises y Homero, etcétera? No era necesaria esa elevación forzosa, a veces para que los textos vuelen necesitan cierta ligereza, pero eso ya lo sabe Gospodínov.

Más padres: el de Margarita Leoz, de quien escribe en su novela *Lo que permanece* (Seix Barral), libro que sustenta una de mis torres. *Devociones* (Lumen) y *Vita longa* (Errata Naturae), de Mary Oliver, me miran desde la estantería, un poco desafiantes, la verdad, como si me dijeran a qué esperas para abrirnos, muchacha. Allá voy: «Pienso a veces en el posible glamur de la muerte, / sería maravilloso perderse / feliz dentro de la yerba verde». Querría tumbarme con *El resto de nuestras vidas*, de Benjamin Markovits (Chai editora), y quizá serle infiel con *Prohibido morir aquí*, de Elizabeth Taylor (Libros del Asteroide), aunque desde lo alto de una de mis torres Francesco Pecoraro me dice: *Lo único que importa es el verano* (Periférica).

Abro el libro de María Negroni, *Colección permanente* (Random House), y encuentro una respuesta [...]; el creador auténtico no es que no imita, imita, pero no a los grandes pintores, sino a los pequeños». Y me voy a una idea de Isabel Bono rescatada por Jonás Trueba en su precioso libro *El viento sopla donde quiere* (Athenaica): «que lo pequeño nos salve de lo que nos aplasta».

Aloma Rodríguez es escritora. Su último libro publicado es *Puro glamour* (La Navaja Suiza, 2023).

El amor y otros accidentes sísmicos

Por el camino del deseo hay que pasar varias estaciones de penitencia, meter los dedos en el enchufe alguna vez

LAURA BARRACHINA

Alta fidelidad

Aún tengo algo de *groupie*, de actitud de fan. Tengo apuntada una fecha en el calendario. El próximo 20 de junio, las hermanas Haim publican su cuarto disco, *I quit*, y necesito que llegue ya ese día para dejar de escuchar compulsivamente las cuatro canciones que ya han publicado de las 15 que compondrán un álbum que llevamos cinco años esperando, los que han pasado desde que editaron *Women in music Pt. III* en 2020. *I quit* significa en inglés *lo dejo* o *abandono*, y aunque aún no sé bien qué es de lo que Haim pasan, en algún concierto han dado pistas proyectando un vídeo en el que decían: «Dejo lo que no me sirve: pensar demasiado, la nicotina, la vergüenza, el pene, mi trabajo». Yo esperaba que también dijeran que dejaban las relaciones.

Entre los adelantos de este disco está *Relationships*, la más escuchada de toda la discografía de la banda en Spotify, por ahora, con más de 18 millones de reproducciones. Creo que 17 millones de ellas son mías. Es una canción pegadiza y mal hablada en la que las tres cantan sobre lo mucho que odian las relaciones (amorosas, se entiende) y a la vez lo inevitables que son: «Creo que estoy enamorada, pero no aguanto las [seré fina en la traducción] malditas relaciones». En la canción también se preguntan cómo un inocente error se ha convertido en 17 días juntos. Enamorarse, un pequeño error, un accidente. Así lo llama Blanca Lacasa en la deliciosa *nouvelle* que publica en Libros del Asteroide.

JOSÉ LUIS ROCA

La escritora Blanca Lacasa.

En *El accidente*, la escritora y periodista madrileña narra ágilmente ese encuentro fortuito entre dos personas que tienen pareja y en el que saltan chispas que los deslizan hacia el inevitable tobogán del coqueteo, la seducción, el equívoco, en definitiva, el deseo. Pero por el camino del deseo hay que pasar varias estaciones de penitencia, de las mariposas en el estómago a la duda de si serán compartidas, la inquietud por lo que querrá la otra persona, la necesidad de comprobarlo, meter los dedos en el enchufe, ir pensando en dejar la relación en la que estás y mudarse a la nueva en una avalancha de pensamientos que son los que Haim gritan que quieren abandonar.

El accidente es un relato desbocado y adictivo como son estas relaciones a las que ahora se les llama «tener un casi algo», seísmos emocionales de alta magnitud y brevísima duración de los que, además, una cree que aprenderá a controlar en el futuro cantando el estribillo malsonante de la canción de Haim, pero es más sabio reconocer que es imposible y más con las herramientas del demonio de nuestros días.

La protagonista de *El accidente* se encuentra intentando entender cómo ella y su nuevo amigo han pasado de escribirse por WhatsApp durante horas chispeantes historias a no saber nada de él en días. Un retrato también de lo líquidas y manipuladoras que son las formas de comunicación actuales, pura dopamina que recibe nuestro cuerpo con cada campanita que anuncia que ha llegado un nuevo mensaje.

En *Relationships* las Haim bajan los brazos y al final de la canción, después de preguntarse si su relación merece la pena o no, de gritar que están hartas de hablar del tema reconocen que no hay mucho remedio, que lo volverían a repetir todo igual. Espero al 20 de junio para ver si en alguna canción dan con la solución para prevenir accidentes y movimientos sísmicos sobrevenidos.

Laura Barrachina es periodista cultural.